

# XI CONCURSO DE RELATOS BREVES

Biblioteca Municipal León Gil

Relatos ganadores y finalistas

## **Modalidad A**

Ganador “El gato con imaginación”  
1<sup>er</sup> finalista “Lucía en el país de los juguetes”  
2<sup>o</sup> finalista “El queso viajero”

## **Modalidad B**

Ganador “La casa que susurraba secretos”  
1<sup>er</sup> finalista “Auténtico”  
2<sup>o</sup> finalista “El cementerio que no existía”

## **Modalidad C**

Ganador “La decisión más importante”

## **Modalidad D**

Ganador “Discontinuidades en el asfalto”  
1<sup>er</sup> finalista “La última librería”  
2<sup>o</sup> finalista “Vendas y espadas”

## **Modalidad E**

Ganador “Esperanza”  
1<sup>er</sup> finalista “Tengo la sospecha, casi certeza, de que  
mi marido es un extraterrestre”  
2<sup>o</sup> finalista “Ahora que cae la niebla”



### El gato con imaginación

Había una vez un gato con mucha imaginación que se imaginó que una zapatilla le pisaba, pero lo raro es que al imaginarlo lo sintió de verdad. Era la zapatilla del lobo del cuento de Caperucita que iba corriendo por el bosque escapando del cazador. El gato al ver que el lobo se quería comer a Caperucita se puso de parte del cazador para atacar al lobo. Cuando ya consiguieron vencerle el gato se sentó tranquilo a descansar y se imaginó cómo sería ver el planeta Tierra desde el espacio, pero lo raro es que al imaginarlo se descubrió flotando en el espacio y fue una gran aventura hasta que pensó que quería volver a la Tierra y se imaginó sentado en un tejado, así que al imaginarlo apareció sentado en el tejado de un rascacielos que tenía una piscina que era de verdad y no se la tuvo que imaginar. Se puso a bañarse para lo que cogió sus gafas de bucear, pero las gafas no debían tener los cristales bien porque vio un tiburón en la piscina así que el gato pensó que debía ser cosa de su imaginación y no tuvo miedo. El gato sabía que tener imaginación le hacía tener una vida divertida en el mundo de la realidad y en el mundo de la fantasía y que podía entrar y salir del mundo de los cuentos con la imaginación. Se imaginó que se encontraba con Aladín, se hicieron amigos y fin que rima con Aladín.



## Lucía en el país de los juguetes

Érase una vez una niña llamada Lucía que tenía 9 años que tenía un hermano que se llamaba Mateo más pequeño que ella. Su hermano le dijo: ¡Vamos al país de los juguetes! Pero para contar esta historia, empezaremos por el principio.

Un día, Lucía estaba jugando con sus juguetes, al dejar su lobito de peluche contra la pared debajo de la ventana, cuando volvió a girarse para buscar unos rotuladores, escuchó que alguien había hablado, dándose cuenta de que era el lobito, que le dijo que tenían un problema en el país de los juguetes y que necesitaban su ayuda. Resulta que había un oso gigante que se había vuelto salvaje y estaba pisoteando todo el país.

¿Cómo os podré ayudar? Dijo Lucía.

El lobito le entregó una piedra mágica de color azul claro y le dijo que pensara con todas sus fuerzas volverse pequeña de estatura. Lucía hizo lo que el lobito le dijo y de repente ocurrió que comenzó a volverse cada vez más pequeñita hasta llegar al tamaño del lobito de peluche.

El lobito le dijo a Lucía que había una puerta al país de los juguetes escondida en la pata derecha de la cama que daba a la pared. Lucía pasó a través de la puerta y se quedó sorprendida de todo lo que vio: había muñecos con formas de niños de juguete por todas partes que jugaban sin parar. Se les veía felices, no parecía haber rastro del oso ni de ningún peligro viendo la felicidad, así que le preguntó al lobito que por dónde estaría. El lobito le respondió que estaría en su cueva pero que seguramente aparecería sobre las seis de la tarde para merendar y que debía estar preparada ya que ella era la dueña del oso.

—¿Yo? ¿Pero cómo voy a detener a un oso gigante? —preguntó Lucía.

—Porque tú lo conoces mejor que nadie. Antes no era salvaje. Solo está triste.

—¿Triste? —preguntó Lucía sorprendida.

—Desde hace semanas no juegas con él. Siempre eliges otros juguetes o haces los deberes. Él piensa que ya no lo quieres.

A Lucía se le encogió el corazón. Era verdad que hacía tiempo que no abrazaba a su oso grande, Mimoso. Siempre lo dejaba sentado en una esquina.

De pronto, al dar las seis el suelo empezó a temblar. A lo lejos se oían unos pasos muy pesados. ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

Los juguetes comenzaron a esconderse.

Desde entre las montañas de los bloques de piezas de construcción de Lego apareció el oso gigante. Era enorme y venía con los ojos llenos de enfado pisoteándolo todo y gruñendo fuerte.

Lucía respiró primero y gritó después: ¡Mimoso, soy yo! ¡Lucía!

El oso se paró porque le había parecido reconocer la voz de Lucía. Cuando estuvo frente a ella, levantó una pata como si fuera a aplastarla. Pero Lucía no se movió.

—Perdóname —dijo con voz temblorosa—. No sabía que estabas triste. No he dejado de quererte. Eres el mejor osito que he tenido. Solo crecí un poquito. Pero eso no significa que no te quiera.

El oso empezó a llorar de alegría.

—¿De verdad? —gruñó.

—Claro que sí —respondió Lucía ¿Recuerdas cuando te llevaba a todas partes?

El oso bajó la patita lentamente. Lucía lo abrazó todo lo fuerte que pudo, aunque solo en la patita porque el oso era muy grande y Lucía era muy pequeña.

La piedra azul empezó a brillar. Una luz suave envolvió al oso y, poco a poco, fue haciéndose más pequeño más pequeño hasta volver a su tamaño normal de peluche.

Los juguetes salieron de sus escondites. Primero con cuidado luego saltando y aplaudiendo. ¡El país de los juguetes se había salvado! El lobito sonrió y le dijo a Lucía que ya podía regresar al mundo de los humanos y recuperar su tamaño y que podía llevarse la piedra mágica azul para volver cuando quisiera.

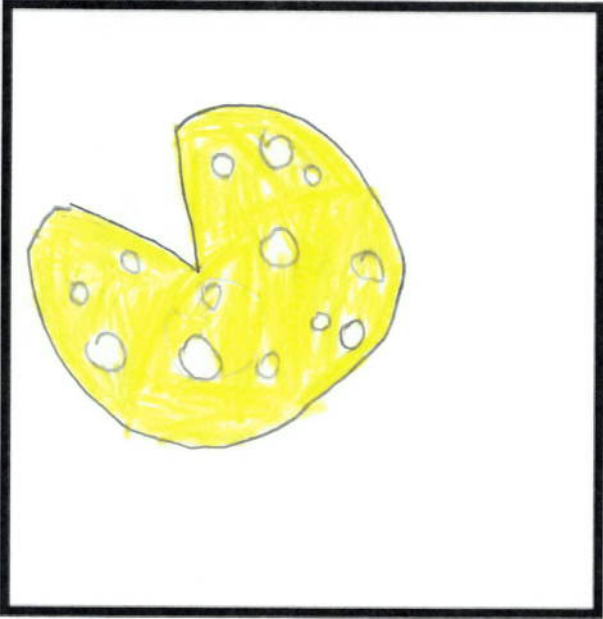
Antes de irse, Lucía miró por última vez aquel mundo mágico de juguetes y les dijo que intentaría venir a verlos más veces y que cuidaría más de ellos en su mundo de niña normal.

Atravesó la puerta escondida en la pata de la cama y volvió a su habitación recuperando su tamaño gracias a la piedra que el lobo le había regalado. Todo parecía normal. Mimoso estaba sentado donde siempre pero ahora Lucía lo veía con otros ojos, así que corrió a darle un gran abrazo y estuvo jugando con él mucho rato.

Antes de la cena entró Mateo corriendo y le dijo con emoción: ¿Vamos a jugar que viajamos al país de los juguetes?

Lucía abrazó a Mimoso y sonrió.

## El queso viajero que podía hablar



Había una vez un queso que quería

viajar y un día decidió irse a una isla.

Después de muchos meses llegó a una isla pero

tenía hambre y fue a mirar en el barco y no

quedaba nada.

Tuvo la idea de comérselas las estrellas.

Fue a preguntarle a una sirena.

- ¡Sirena, sirena! ¿sabes como llegar al cielo?

- No, mejor preguntale a la ballena.

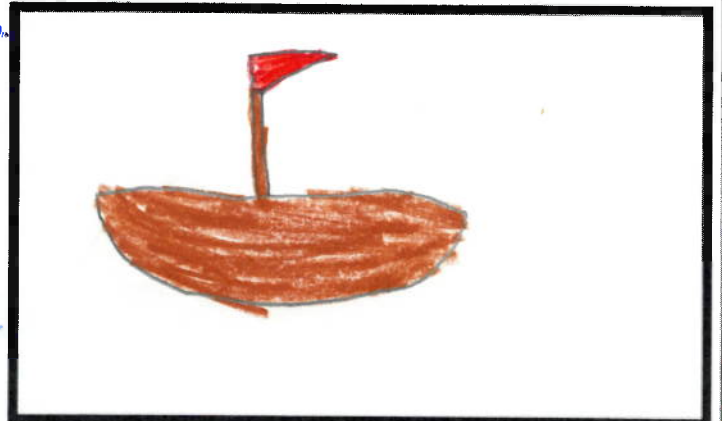
No tardo mucho en encontrarla y le pregunto lo mismo.

- ¡Ballena ballena! ¿sabes como llegar al cielo?

- Sí tienes que ir a la isla que solo tiene una palmera.

Fue, y se subió a la palmera y llegó al

cielo. ¡Se comió las estrellas!





## "La casa que susurraba secretos"

23B

Mi abuelo Luis vivía solo en una casa muy, muy vieja. Tan vieja que las puertas chirriaban al abrirse y el suelo crujió aunque nadie estuviera caminando. Mi abuelo, decía que la casa hacía ruidos porque quería hablar. Él no paraba de repetir que las casas guardan recuerdos y hacen ruido para que no se olviden.

Un día, el médico le dijo que necesitaba ayuda en casa. Al abuelo no le gustó nada la idea, pero después de intentar subir las escaleras con una cesta de la ropa y tener que sentarse a mitad del camino, aceptó que no podía hacerlo todo solo. Así fue como llegó Rihama.

Rihama venía de un país lejano. Hablaba español con un acento distinto, siempre sonreía mucho, incluso cuando no entendía algo. El primer día miró la casa con gran atención y dijo algo que sorprendió al abuelo: "Esta casa no está entada, intenta contar algo". El abuelo Luis sonrió por primera vez en días.

Rihama ayudaba al abuelo con la limpieza, la comida y el jardín. Pero lo que más le gustaba era escuchar las historias que él contaba por las tardes, sentados junto a la chimenea. Eran historias de viajes, de caminos misteriosos y de personas que venían de lugares lejanos. Pero había una historia que el abuelo nunca contaba del todo.

Una noche, mientras la lluvia golpeaba las ventanas, la casa crujió tan fuerte que Rihama se asustó. Con los ojos bien abiertos preguntó al abuelo si siempre sonaba así en noches de tormenta. El abuelo la contestó, con un halo de misterio, que solo suena así cuando quiere que recordemos algo importante.

Ambos miraron de dónde provenía aquel ruido tan fuerte. Observaron que al fondo del pasillo había una puerta cerrada.

desde hacía muchos años. Nadie entraba allí. Con una linterna y algo de nervios, decidieron abrirla. Dentro había cajas llenas de polvo, un espejo roto y un baúl de madera muy antiguo. Al abrir el baúl, encontraron un pequeño cuaderno con dibujos y símbolos extraños. El abuelo no recordaba nada de aquello.

El cuaderno explicaba un juego que el joven Luis había inventado. Era un montón de pistas para no olvidar los lugares que le habían marcado. La última pista decía que el recuerdo más valioso estaba escondido en la cocina. Corriendo, levantaron una baldosa. Allí encontraron una llave en forma de estrella. Inscrito en la misma decía: "Aquí guardaste lo que no querías olvidar". Entonces el recuerdo volvió.

El abuelo recordó un viaje a un país muy lejano. Cargado de ilusiones y también de mucho miedo. Recordó que conoció a una mujer de otro país. Alguien muy distinto a él. Ella le enseñó a mirar el mundo con otras ojos. Ella le enseñó a escuchar, a ayudar y a no tener miedo de las personas diferentes. Juntos cuidaron a niños y niñas, compartieron historias y aprendieron nuevas palabras en otros idiomas. Antes de separarse, la prometió no olvidarlo nunca. Prometió recordar que todas las personas, vengan de donde vengan, merecen ser escuchadas y ayudadas.

Riham sonrió, comprendiendo que la casa había devuelto al abuelo el recuerdo que tenía miedo de olvidar.

Pasados unos días, la llave desapareció. Desde entonces, la casa cruje suave, como si ya hubiera descansado. El recuerdo más importantes ya no estaba escondido. Vivía en el abuelo. Y ahora también en Riham.

# AUTÉNTICO

288

Llevaba meses sentada delante de su ordenador y nada. Nada de nada.

Lucía estaba totalmente en blanco, había comenzado a escribir muy joven, tenía mucha imaginación y le encantaba contar historias.

-¿Qué me pasa? No lo entiendo, pensaba mientras no paraba de llorar.

-Me gusta mucho contar historias ¿Por qué ahora no puedo? ¿Qué voy a hacer?, pensaba desconsolada.

Cuando entró en la universidad decidió probar suerte con los concursos literarios, y raro era que no ganara o quedara entre los finalistas; después de ganar uno de ellos bastante importante, una editorial se fijó en ella y la contrató. Se convirtió en lo que más había querido desde pequeña. Por fin era escritora.

Sus libros eran de los más vendidos y por eso, su editor, cada vez le pedía que escribiera uno nuevo en menos tiempo.

Ahora no se le ocurría nada. Buscaba información de diferentes temas en internet, en la biblioteca, hacía viajes cortos... todo para encontrar inspiración, pero nada funcionaba.

Un día unos amigos fueron a visitarla, la encontraron muy angustiada:

-Es que no sé que me pasa, no puedo escribir. "No me viene ninguna idea buena a la mente."

Su amigo Pepe le hizo una sugerencia:

-¿Si tan desesperada estás por qué no utilizas la IA? Un par de palabras y ¡listo! te haré una novela con las páginas que tú quieras. Lucía abrió los ojos como platos:

-¿Sabes que eso es trampa, no estaría bien, y además, crees que una máquina podría escribir como yo, contestó enfadada.

ZOB

Pocos días después, su editorial volvió a llamarla. Tenía un mes para presentar su nueva novela. Asustada, angustiada y con mucho miedo a fracasar, Lucía recordó la charla con sus amigos y aunque sabía que estaba mal, decidió probar suerte con la famosa Inteligencia Artificial. En unos pocos días la historia estaba lista. La odió en cuanto la leyó, pero no tenía otra opción, no tenía nada más. La historia estaba bastante bien contada, pero le faltaba algo, no le veía chispa.

Mientras esperaba la llamada de sus editores no dejaba de mordorse las uñas.

- "¡Vamos, llama ya!" "Me voy a comer hasta los dedos."

El teléfono sonó, y efectivamente, no estaban nada contentos, no pensaban publicar el libro:

- "Lo sentimos mucho, pero este texto no parece tuyo." "No tiene vida, no provoca ninguna emoción."

Lucía, muy triste y avergonzada, les contó cómo había escrito esas páginas y les pidió acabar con su contrato porque no sabía qué más escribir.

Por suerte, sus jefes comprendían su situación, sabían que era cuestión de tiempo que volviera a escribir una novela tan buena como todas las que había publicado hasta ese momento.

La ampliaron su plazo de entrega un año más e incluso le concedieron unas merecidas vacaciones, donde Lucía con calma y tranquilidad pudo por fin volver a poner su alma en una nueva historia.

# EL CEMENTERIO QUE NO EXISTÍA

El pueblo de Sagrillas era un lugar tranquilo, con sus cantos de pájaros, sus cencerros de las vacas y sus humildes pastorcillos. Sin embargo, todo cambió el día en el que comenzaron las obras para construir una casa nueva en las afueras del pueblo.

Al excavar la tierra, los obreros encontraron algo inesperado: restos humanos enterrados bajo la tierra. Al principio, pensaron que se trataba de un antiguo cementerio olvidado, pero cuando el alcalde revisó los archivos históricos y los libros antiguos, descubrió algo inquietante: en ningún documento aparecía registrado un cementerio en esa zona. Tampoco había encontrado nada de guerras, pandemias o tragedias que justificaran tantos cuerpos allí. La noticia corrió como la pólvora. Algunos vecinos comenzaron a decir que era mejor dejar la tierra como estaba. Otros aseguraban que se trataba de una maldición.

Entre los más curiosos estaban Hugo y Jari, dos amigos de doce años a los que les fascinaban las historias de misterio y no creían en supersticiones. Decidieron que irían de noche al lugar para investigar. Una noche sin luna, con linternas y la luz de sus teléfonos, se acercaron al terreno. La tierra removida tenía un aspecto extraño, como si respirara lentamente. El silencio era absoluto. De repente, un viento gélido comenzó a soplar. Hugo iluminó hacia el centro del terreno y soltó un grito. Desde el suelo, lentamente, comenzaron a elevarse varios cadáveres. Flotaban en el aire con las

extremidades muy extendidas, algunos sin brazos, otros sin piernas...

Sus cuerpos parecían sostenidos por una fuerza invisible. Javi quiso salir corriendo, pero sus piernas no respondían. Los cadáveres avanzaron flotando hacia el cementerio y, ante sus ojos, la tierra se abrió y se los tragó uno a uno. Al día siguiente, el pueblo amaneció con otra noticia terrible: un vecino había desaparecido. Pronto comenzaron rumores. Varias personas aseguraban haber visto figuras fantasmales. Decían que eran sombras humanas armadas hasta los dientes. Lo más extraño era que todos los que afirmaban haber visto a esos fantasmas morían exactamente diez días después.

El pánico se apoderó de Sagrillas. Nadie salía después de las ocho de la tarde. Las ventanas permanecían cerradas y las luces apagadas.

Hugo y Javi decidieron investigar los archivos antiguos en la biblioteca. Allí encontraron un documento olvidado: siglos atrás, muchas personas habían sido acusadas de brujería y ejecutadas en secreto. Para evitar escándalos, las autoridades habían ocultado el suceso y enterrado los cuerpos sin registro alguno. Según el documento, antes de morir, los condenados juraron que regresarían y que diez por diez se vengarían. Diez testigos. Diez días. Diez muertes.

Cuando terminaron de leer, Hugo sintió un escalofrío. Esa noche, mientras intentaban dormir, escucharon un susurro que parecía venir de todas partes. — "Ahora, vosotros sabéis la verdad..." Las luces parpadearon. Al décimo día, el pueblo volvió a despertar con dos desapariciones. Desde entonces, nadie volvió a hablar del cementerio. Pero en las noches de luna llena o sin luna, todavía se pueden ver sombras flotando sobre el terreno donde nunca existió nada... Según los libros.

FIN

## LA DECISIÓN MÁS IMPORTANTE

La he visto morir demasiadas veces, siempre en el mismo banco, siempre debido a mi cobardía. Pero esta vez no será igual, no pienso permitir que este vacío se vuelva a apoderar de mí, vivir toda mi vida con esa culpa.

Era 5 de marzo, su cumpleaños número dieciocho. Se despertó de la cama agitado pensando que iba a llegar tarde al instituto, hasta que recordó que hoy era sábado, el día de su cumpleaños. Mientras se cambiaba para bajar a desayunar, lo vio. En su muñeca había un reloj con correa dorada, algo pesado. No entendía cómo había llegado hasta allí.

– Seguramente hayan sido mis padres queriendo darme un regalo sorpresa –pensó quitándole importancia.

Cuando bajó a la cocina, estaba toda su familia.

– ¡Feliz cumpleaños, Manuel! –dijeron todos a la vez.



El resto del día fue todo muy bien: comieron, rieron, jugaron, etc. A la hora de la cena se acordó del reloj que tenía en la muñeca izquierda, así que decidió agradecerles a sus padres el regalo. Sin embargo, no sabían nada. En ese momento, Manuel sintió un escalofrío que le erizó la piel e intentó quitarse el objeto apresuradamente, pero no podía, ¡estaba atascado! Frustrado, pidió ayuda a su padre, pero él tampoco pudo, así que se rindieron y decidieron dejarlo para mañana; estaban agotados después de un día tan largo.

Al día siguiente, se despertó muy temprano pensando que todo había sido una pesadilla. No obstante, cuando fue a comprobarlo, se dio cuenta de que no: el reloj seguía intacto en su muñeca. Además, fijándose mejor en él, observó que este no marcaba las horas, sino una especie de cuenta atrás en la que quedaban 25 h, 35 min y 18 s.

Por desgracia, hoy era lunes, día lectivo. Se preparó y salió a la calle, donde estaba su vecino y mejor amigo, Lucas, esperándolo para ir juntos al instituto.

– Primera vez que llegas pronto ¿A qué se debe? –dijo en tono burlón.

– ¡Oye! Que no siempre llego tarde –se defendió Manuel.

– Claro, claro... - dijo Lucas riendo –¿No será que quieres ver a Claudia? Deberías decirle ya lo que sientes.

– No digas tonterías, no es tan fácil ¿sabes?

Los amigos dejaron la conversación y tomaron rumbo al instituto. A mitad del camino, Lucas se dio cuenta de que no tenía el móvil, así que le dijo a su amigo que iba a volver a casa a cogerlo; pero que fuera yendo, que ya lo alcanzaría.

En el mismo instante en el que Lucas desapareció de mi vista supe que era el momento, así que me acerqué a él. Aún sigo recordando la expresión de su rostro la primera vez que vio mi figura marcada por los años. Cuando estuve lo suficientemente cerca, le dije susurrando lo único que necesitaba saber:

–Ya está llegando, prepárate para el momento más importante.

Manuel se asustó y echó a correr. En su interior, mi mirada le parecía familiar.

Cuando se reencontró con su amigo, le contó todo lo que le había pasado desde el principio, cuando apareció el reloj en su muñeca. Lucas no lo creyó. Sin embargo, en ese

mismo instante, Manuel notó que el reloj lo apretaba más que nunca, como si le quisiera decir algo. Empezó a tener visiones de coches pitando ¡¡¡pipipiiii!!! y gente gritando, pidiendo auxilio. En mitad de todo el alboroto consiguió ver un rostro borroso, era el de Claudia, la chica que le había gustado desde pequeño. Cuando salió del trance, cayó agotado al suelo. Por fin, el reloj había dejado de asfixiarle la muñeca. Intentó quitárselo con todas sus fuerzas con ayuda de su amigo, pero, cuanta más fuerza hacían, más se agarraba a su brazo.

El resto de las clases transcurrieron lentamente, aunque Manuel no podía concentrarse; no dejaba de darle vueltas al asunto.

—¿Y si el momento más importante es mi muerte? — pensaba Manuel inquietamente —  
¿solo me quedan un día de vida?

Cuantas más vueltas le daba, el miedo se apoderaba más de él. Sin embargo, decidió no contárselo a nadie, ya que no quería asustarlos.

De vuelta a casa, después de natación, los dos amigos se volvieron a encontrar, así que decidí volver a acercarme a Manuel para avisarle.

—Ya te queda menos, haz lo que te diga tu corazón —lo advertí.

Él miro su reloj, solo le quedaban 8 h y 23 min. Cuando levantó su cabeza para preguntarme cómo sabía lo de su reloj, yo ya no estaba.

—¿Has visto como sí existe el anciano? — le dijo Manuel a su amigo.

—¿Que dices? Yo no he visto ni oído a nadie —contestó Lucas. —Con esto no se juega.

—¿Cómo? No estoy jugando —replicó Manuel.

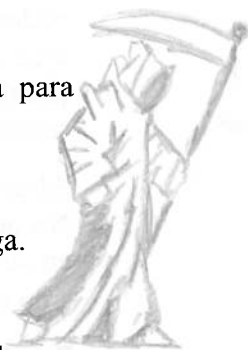
En ese momento, Manuel volvió a sentir un escalofrío que le recorría toda la espalda y se sintió muy asustado, tremendamente vulnerable.

Al día siguiente se despertó temprano, aunque no había podido pegar ojo en toda la noche. Miró el reloj y solo le quedaban dos horas. Se despidió de sus padres, que aún dormían y salió a la calle a despejarse. Se dejó caer en un banco, solo podía escuchar su respiración ajetreada y su corazón, que cada vez latía más fuerte. Cada segundo que pasaba parecía arrastrarlo al momento que más temía, el momento más importante, la muerte.

Volvió a mirar el reloj, quedaban 54 segundos, 53, 52, 51... En ese momento, el reloj empezó a apretarle la muñeca de nuevo. Fugazmente tuvo una visión en la que veía de forma borrosa lo que tenía delante. Estaba Claudia pasando por la carretera y... ¡un coche acercándose a ella a toda velocidad! Cuando Manuel salió del trance, a pesar del miedo y el cansancio, no se lo pensó dos veces. Echó a correr y empujó a Claudia fuera del peligro, al mismo tiempo que sentía el duro impacto cuando el coche lo alcanzó y... silencio.

¡Pipipipi...! Manuel estaba en la camilla del hospital rodeado de tubos. Parpadeó. Cuando abrió los ojos allí estaba Claudia, llorando de emoción. Manuel se miró la muñeca y no tenía el reloj; de repente, lo comprendió todo. El momento más importante de su vida no era su muerte, sino su decisión más importante. Y yo, el anciano que aparecía en el parque era su yo futuro, que había vuelto para no vivir toda mi vida con la culpa de haberla podido salvar, pero no haberlo hecho por mi cobardía.

En ese momento la miré a los ojos y ella me sonrió; supe que todo había valido la pena.



## Discontinuidades en el asfalto

Nueva York amanece envuelta en una manta de frío que parece cristalizar el aire, una sensación térmica que la mayoría combate con abrigos de diseño y prisas poco reales. Es sábado y mi cuerpo ha dormido más allá de las 6 am, mi mente, siempre hiperactiva, lo agradece. Mientras Manhattan se despierta entre sábanas de hilo y planes de *brunch* para Instagram, yo salgo a la calle. En mi mochila llevo un termo con café hecho en casa. No es una cuestión de tacañería, sino de soberanía: en una ciudad diseñada para el consumo infinito, negarme a pagar seis dólares por un nombre mal escrito en un vaso de plástico es mi pequeña victoria diaria.

Llego a Central Park cuando la luz aún llega en agulo agudo. Me siento en el mismo banco de madera, buscando ese fragmento de naturaleza domesticada que, menuda paradoja, es lo único que me hace sentir enraizada en este espacio de acero. Saco mi cuaderno, cuántos me habrá comprado ya mi madre en cada una de sus visitas. A veces dibujo, otras escribo, y otras simplemente me dedico a lo que mejor se me da: observar los patrones de comportamiento humano. Con apenas unas décadas de vida, a veces siento que Nueva York no es una ciudad, sino un experimento sociológico a gran escala.

A partir de las diez, el parque deja de ser un refugio para convertirse en un decorado. Aparecen los turistas y los carruajes de caballos, circulan bajo la mirada de cámaras de última generación. Me resulta fascinante el sesgo generacional en la captura de recuerdos. Los mayores de cincuenta buscan el encuadre pausado, la parte emocional a un momento que temen olvidar. Los jóvenes de mi edad, en cambio, parecen habitar una realidad mediada por filtros; no miran el paisaje, miran el *feed*. Es una *performance* constante donde la estética devora a la experiencia. Me pregunto cuánta de esa felicidad digital es real y cuánta es solo el miedo a ser invisible.

De camino a por algo de comida, me topo con un set de rodaje. Cables como venas negras recorren la acera y focos gigantescos. Siempre he pensado que, si tuviera otra vida, sería directora de cine. Me obsesiona la idea de construir mundos, pero la realidad me devuelve pronto a mi lugar: la caja del supermercado. Reviso los precios con una precisión casi matemática, calculando cada centavo. A veces la madurez no llega con la edad, sino con la conciencia del presupuesto. Aun así, sé que soy afortunada. Soy esa chica que enseña a otros, que intenta devolver algo de lo que aprende, una profesora en prácticas habitando el privilegio de estar en el epicentro del mundo mientras otros solo sueñan con llegar.

Sin embargo, el domingo la ciudad decide mostrarme sus costuras. Tomo el metro hacia el norte, hacia Harlem, para visitar a una amiga. El trayecto es una lección de geografía humana. Al subir en la Quinta Avenida, el vagón huele a perfume caro y el silencio es pulcro, todos mirada al móvil. Pero a medida que avanzamos el aire se vuelve denso, los asientos pierden el brillo y el color de la piel de los pasajeros se oscurece. Entrar y salir de las

estaciones en esta ciudad es como atravesar portales a dimensiones que se ignoran por puro instinto de supervivencia.

Al salir a la superficie, la atmósfera cambia. Dos policías custodian la salida con una rigidez que tensa el ambiente. A mi lado, una familia de turistas españoles camina con tensión evidente, como si hubieran cruzado una frontera invisible. —Mamá, ¿por qué aquí hay policías y en la otra estación no? —pregunta la hija, una chica de unos 12 años con los ojos llenos de curiosidad. —Es un barrio difícil, hija —responde la madre, apretando su bolso contra el pecho, un gesto reflejo de desconfianza. —¿Pero son peligrosos porque son pobres?

Muerdo mi labio para no intervenir. Esa niña acaba de verbalizar el origen del prejuicio que los adultos intentan camuflar bajo la palabra "seguridad". Me pregunto cuánto tiempo tardará el mundo o los algoritmos en domesticar la lucidez de esa niña, en enseñarle a tener miedo en lugar de hacer preguntas.

Llego a casa con esa rumiación de pensamientos en mi cabeza. Intento distraerme charlando con mi compañera de piso, pero al encender las noticias, la realidad me golpea con una violencia de impacto.

En la pantalla, un video aficionado muestra a un hombre joven siendo interceptado por agentes de inmigración. Lo que veo no es una detención, es una tragedia griega en formato digital. El hombre no lucha por su libertad, lucha por su hijo. Tiene a un bebé en brazos, aferrándolo con una fuerza que nace del terror más puro. La presión, la angustia y la asfixia social de verse acorralado disparan un cortocircuito en su sistema nervioso. Empieza a convulsionar. Es un ataque epiléptico provocado por el pánico, un cuerpo que colapsa cuando el alma ya no puede soportar más injusticia. Yo comienzo a llorar.

Sus dedos se cierran con una rigidez sobrehumana alrededor del niño, los agentes le gritan, le exigen papeles, le presionan contra el asfalto mientras él se debate en una crisis que nadie parece querer ver como humana. Apago el televisor, pero el silencio que queda es insoportable.

Miro mi café, mi cuaderno y recuerdo mi paseo por Central Park. Me miro a mi, miro al mundo. La ciudad idílica se ha roto. Nueva York es un baile de luces para quienes tenemos el pasaporte correcto, pero es un campo de minas para quienes solo buscan sobrevivir. Una pandemia de odio empieza a despertarse en el mundo. Me seco las lágrimas.

Mañana volveré a mis clases y a mis alumnos. Los miraré a los ojos y les hablaré de sueños y futuros brillantes. Les contaré el guión ideal que deseo para ellos. Les recordaré que aunque esta ciudad de cristal intente borrarlos a muchos de ellos o a sus orígenes, sus nombres son la única verdad que este mundo no podrá silenciar. En sus manos está la postal perfecta.

## LA ÚLTIMA LIBRERÍA

El cartel de cerrado colgaba en la puerta de la librería de Don Julián, ligeramente torcido, como si alguien lo hubiera puesto a toda prisa. Había un par de libros tirados. Me quedé mirándolos un rato, esperando que se movieran algo o que se encendiera la luz de dentro, pero no pasó nada. Miré el reloj del móvil y volví a mirar el cartel, muy confundido. Eran las seis y diez de la tarde, Don Julián desde siempre abría a las seis en punto, sin excepción. Desde que era pequeño y tengo memoria, antes de poder leer incluso, esa puerta estaba abierta a esa hora. Me parecía muy raro, Don Julian tan puntual como un reloj, diez minutos tarde.

Pegue la cara a la ventana para intentar ver dentro. Todo estaba a oscuras, lleno de libros con las estanterías apenas visibles por las sombras y los reflejos de los espejos (nunca he entendido porque tenía Don Julián puestos un par de espejos, a lo mejor eran para que la gente se hiciese fotos y en vez de presumir que iban al gimnasio, presumiesen de que iban a por libros, bueno yo que sé, cosas de Don Julián). Todo parecía en su sitio igual que el otro día, pero me daba la sensación de que algo faltaba. Miré la calle, bastante vacía, y por un momento quise pensar que a lo mejor, me había equivocado de día o de hora, aunque muy bien sabía que no era así.

Mientras esperaba, sin saber muy bien a qué, me vino a la cabeza la biblioteca de enfrente de casa de mi abuela donde yo iba antes de empezar el bachillerato. Cerró cuando yo tenía quince años. Dijeron que era una temporadita, que iban a reformarla, que pronto volvería a abrir con mejores y más nuevas instalaciones. Al principio nadie le dio demasiada importancia, porque siempre hay otras cosas que hacer y otros sitios a los que ir. Pasaron los meses y luego los años, y la biblioteca siguió cerrada, con los cristales llenos de manos y el interior lleno de polvo.

Después cerraron otras. Primero una librería pequeña en la plaza de San Alejandro, luego otra un poco más lejos. Cuando cerraban cada una decía una cosa y, tomadas por separado, ninguna parecía especialmente grave. Falta de presupuesto, poco interés, cambios en los hábitos de la gente, jubilación .... Yo mismo empecé a leer más en el móvil: noticias online, publicaciones de redes sociales, cosas rápidas que no exigían demasiado tiempo ni atención. Era más cómodo, o eso me decía, y además nadie parecía echar realmente de menos esos lugares silenciosos llenos de libros y estanterías.

Don Julián sí los echaba de menos, eso lo sabía. Siempre decía que leer despacio era una forma de aprender a escuchar, aunque no terminaba de entender muy bien a qué se refería. A veces me recomendaba libros que no aparecían en ninguna lista ni estaban de moda, y cuando le preguntaba por qué eran importantes, se encogía de hombros y decía que no lo sabía del todo, que solo creía que me vendrían muy bien. Nunca hablaba como si tuviera la razón absoluta, y quizá por eso me gustaba escucharle.

Volví de mis viajes astrales cuando el viento movió un poco el cartel y la cuerda rozó el cristal. Saqué el móvil y miré el reloj. Las seis y cuarto. Empecé a pensar que quizá Don Julián no vendría ese día, o que algo le había pasado, aunque sólo eran pensamientos míos. La idea me incomodó más de lo esperado. No era solo la librería lo que me preocupaba, sino la sensación de que ese cierre encajaba demasiado bien con otros que había visto últimamente.

En el colegio ya casi no nos mandaban leer libros completos. Fragmentos, resúmenes, adaptaciones. Nos decían que era para no sobrecargarnos, para facilitar el aprendizaje, para hacerlo todo más accesible. Nadie decía que leer fuera malo, pero cada vez parecía menos necesario. Pensar demasiado en lo que uno leía tampoco era algo que se fomentara especialmente. Lo importante era entender lo básico, responder bien en los exámenes y con un poco de suerte seguir adelante.

Volví a pegar la frente en el cristal y traté de distinguir algo más en el interior. Me pareció ver una silla tirada, aunque no estaba seguro, con todo lo que había allí dentro. Tal vez era solo mi reflejo mezclado con las sombras. Me di cuenta entonces de que llevaba varios minutos esperando, como si parte de mí se negara a aceptar que esa puerta a lo mejor no se iba a abrir.

Pensé en lo fácil que es acostumbrarse a que las cosas desaparezcan cuando lo hacen poco a poco. Pensé en el cuento este de la rana que la hierven en agua tibia, que van subiendo poco a poco la temperatura, la rana no se da cuenta y al final la matan. Pensé en que eso se podía extrapolar a lo que estaba pasando. Primero dejas de ir a un sitio, luego dejas de echarlo de menos y, al final, olvidas para qué servía. Quizá con los libros pasaba algo parecido. No hacía falta prohibirlos ni quemarlos, bastaba con ir apartándolos, hacerlos incómodos, prescindibles, hasta que nadie preguntara por ellos.

Cuando me separé del cristal, había dejado un manchurrón del vao y todas las huellas de mis manos, mientras lo limpiaba un poco con la manga, saqué el móvil. Guardé el móvil sin siquiera mirar la hora y di unos pasos hacia atrás, pensando. No sabía si volvería al día siguiente ni si la librería estaría abierta entonces, pero tuve la sensación de que, pasara lo que pasara, algo ya había cambiado.

Me fui caminando despacio, intentando recordar el olor de los libros a nuevo, el crujido de un libro al estrenarlo, el sonido de las páginas al pasar, la forma en que algunas frases se me quedaban dando vueltas en la cabeza durante días. Pensé en cómo leer te ayuda a pensar, en cómo no hacerlo te adormece y te hace presa fácil de manipulaciones y engaños. Pensé en cómo de fácil un pastor dirige a un rebaño de borregos, aunque vayan al matadero, pensé en cómo esos borregos se salvarían si pudiesen leer el cartel de matadero y correr de su sanmartín. En lo fácil que sería hacer eso a día de hoy, en hacer a la gente tonta y manipulable, para hacerles obedecer intereses de unos mezquinos que no miran más allá de su nariz y de sí mismos. Seguí andando, con la sensación de que eso no acababa de pasar, sino de que acababa de empezar.

## VENDAS Y ESPADAS

En el pasillo del fondo, junto al gran ventanal, advierto entre visillos a las gentes paseantes que cruzan la plaza. Siempre apuradas y con mil quehaceres. El abuelo compra una golosina al nieto. Las ancianas toman el fresco. Los enamorados respiran un aire nuevo. Y, de nuevo, aparece aquel chiquillo que, con puntualidad británica, se instala a las doce a la entrada de la librería, confiando en que las noticias de ayer aún valgan unas monedas. No me moví; el mármol no concede ese privilegio.

Como un efecto dominó, sale a regañadientes el librero que echa al niño por ensuciar con sus viejos zapatos el felpudo de su puesto. El niño recoge su taco de crónicas y poco después intenta vender uno a una anciana, que paga sin decir palabra.

En tal grado de concentración estaba, que no oí esa dulce vocecilla que exclamaba a mi espalda:

-Mamita, mira qué bonita es esta figurita con su espada. ¿Por qué lleva una venda en los ojos? ¡Le van a poner la zancadilla!

-Es Themis cariño, un símbolo de la justicia; que es ciega. Pero, ¡ea!, que el museo va a cerrar.

Desde aquel instante, cada vez que acerco el oído a la ventana, siento posarse la mirada de la pequeña Rebeca desde el parque de la plaza. A la mañana siguiente, vuelve con su amiga, a la que no puede contener las ganas de contarle atropelladamente sus descubrimientos del fin de semana. Sé que se llama Clara porque así la he oído saludarla.

Al poco tiempo, mientras charlan divertidas en el bordillo de la tienda de libros de cara a la transitada calle, aparece el crío llevando consigo el fajo de periódicos del domingo. Acto seguido, el propietario desencadena el suceso tan acostumbrado que termina con la huida del niño y un rastro de huellas negras y mugrientas.

-¡Ay pobrecillo! Qué desdichado es el señor, que cree que el niño va a robarle sus clientes- lloran las amigas ante la lastimera situación.

Un rato más tarde, divisan a una familia pidiendo limosna frente al local. El señor refunfuñón les tira una moneda a los pies y les urge a marcharse.

Las amigas están seguras de que no las ha visto; de lo contrario, ya las hubiera echado a ellas. Sin embargo, el aludido voltea la mirada y les ofrece una piruleta. Incrédulas, la aceptan.

En sus caritas, ya no hay color ni risa, y se quedan con dudas, con preguntas que ni las cuatro paredes rebosantes de libros a su espalda son capaces de responder. Entonces, decididas, como quien emprende una importante misión espacial, se cubren la mirada con sus pañuelos imitando a aquella silueta de mármol, intentando entenderla:

-Pst, yo solo veo todo oscuro, amiga.

AD

-¡Claro! la justicia no mira; es cuestión de afinar los oídos-responde Rebeca-.  
Estate atenta a lo que comentan los pasos que se avecinan.

Cruza un joven que escucha un debate online que enumera agravios, las voces prometen restaurar y corregir. Rebeca grita de alegría:

-¡Menos mal que ese grupo tiene cabeza y ha prometido solventarlo!

-No Rebeca- la interrumpe Clara-. Eso solo venía de una pantalla. Las pantallas no caminan.

Todavía pendiente del evento, y con la balanza que permanece inmóvil, miro decepcionada al mango de mi espada que cada vez acumula más telarañas. Y me pregunto cuándo alguien tendrá el valor de alzarla.

## Esperanza

El ventilador de techo del bar *La Última Estación* giraba con una lentitud agonizante, cortando el humo del tabaco en rebanadas grises. Andrade miró su reloj: las 3:12 AM. El Turco llegaba tarde, y eso en su oficio solía significar que alguien iba a morir, o que él ya estaba muerto y aún no se había dado cuenta.

Sentía un calor húmedo pegándosele a las costillas. Bajó la mirada y vio cómo la mancha roja en su camisa blanca se expandía como una flor en primavera. No era su sangre; era la del terco contable que no quiso soltar el maletín. Un tipo con gafas, relleno de miedo, que murió por un secreto que Andrade ni siquiera conocía. El maletín, frío y metálico, pesaba como un ancla enganchada a su muñeca izquierda.

—Otro —dijo Andrade, golpeando la barra con un vaso vacío.

El barman, de tez áspera con cara de haber visto demasiados entierros, sirvió el whisky sin mediar palabra. No preguntó por la sangre. En ese barrio se aprendía rápidamente a hacer bien las preguntas.

La puerta se abrió y entró una ráfaga de lluvia al son de una mujer. Llevaba una gabardina demasiado grande para ella y el pelo empapado. Se sentó dos taburetes más allá de Andrade. No pidió agua, no, pidió un whisky doble.

—Huele a lluvia y a pólvora aquí dentro —dijo ella sin mirarlo. Tenía la voz rota, como si hubiera estado gritando en un desierto.

Andrade tensó la mandíbula.

—Es una ciudad con mal olor, señora. Mejor no olfatear demasiado.

—Mi marido decía lo mismo —continuó ella, mirando fijamente el ámbar en su vaso—. Decía que el dinero no tiene olor, pero yo creo que huele a hierro y a miedo. Él no ha vuelto a casa esta noche.

Andrade sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la herida. Reconoció el anillo que la mujer acariciaba nerviosa: era el mismo que llevaba el contable en la mano con la que intentó proteger el maletín. El silencio se volvió denso, casi sólido. Ella sabía, o al menos sospechaba. Pero no había odio en sus ojos, solo un vacío infinito.

En ese momento, unas luces largas cortaron la penumbra del bar a través del cristal empañado. Un coche negro se detuvo frente a la puerta, salpicando el barro de la acera. El motor se apagó, pero nadie bajó de inmediato. El Turco no enviaba coches para pagar pasaportes; enviaba coches para limpiar escenas de crimen. Andrade metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y notó el tacto frío, rudo, del cañón de su 38. Miró a la mujer. No podía salvar su propia piel, pero quizás podía salvar algo de su conciencia.

—Escuche —susurró Andrade, deslizando una pequeña llave plateada por la madera de la barra hasta que rozó los dedos de ella—. Salga por la puerta de atrás. Hay un callejón que da a la calle Torcuato. No corra, solo camine.

Ella miró la llave y luego el maletín esposado a la muñeca de Andrade.

—¿Y usted? — respondió lacónica.

—Yo voy a terminar mi copa. Y a esperar que el Turco aprenda que algunas deudas no se pueden cobrar.

La mujer guardó la llave en el puño, asintió levemente y se deslizó hacia la penumbra del fondo del local. El barman desapareció tras la cocina antes de que ella cruzara la puerta trasera.

Andrade apuró el whisky. Sintió el quemazón bajando por su garganta, dándole un último destello de vida. Se giró hacia la puerta principal justo cuando dos sombras corpulentas se recortaban contra los neones de la calle. Abrió el maletín con un clic seco. Estaba vacío. Solo había un recorte de periódico viejo y una nota del Turco que decía: "*Gracias por el trabajo sucio*".

Andrade sonrió con amargura. Sacó el revólver, lo apoyó sobre el borde de la barra y apuntó a la puerta. El primer hombre puso un pie dentro.

—Mala noche para salir sin paraguas, imbécil —masculló Andrade.

Y apretó el gatillo. El estruendo del primer disparo fue ahogado por un trueno que sacudió los cimientos del bar. El hombre de la puerta cayó hacia atrás, desapareciendo bajo la cortina de lluvia. El segundo no tuvo tiempo de reaccionar; la bala le encontró el esternón antes de que pudiera sacar su arma.

Andrade no se movió de su taburete. El humo salía perezoso del cañón del revólver, mezclándose con el olor a whisky barato. Sentía el frío de la muerte subiéndole por las piernas, pero su mano seguía firme.

Miró el maletín abierto sobre la barra. Aquel vacío era la metáfora perfecta de su vida: mucho esfuerzo, mucha sangre y, al final, nada dentro. El Turco lo había usado como un trapo de usar y tirar, y él, el gran profesional, se había dejado engañar como un burdo novato. Metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo arrugado, visualizando a Lucky Luke como cuando era un niño. Lo encendió con mano lenta mientras escuchaba las sirenas a lo lejos. La policía llegaría en tres minutos, cinco quizá. No importaba.

—Oye, tú —llamó al barman, que asomaba un ojo aterrado tras la puerta de la cocina—. ¿Tienes fuego?

El barman no contestó. Andrade soltó una carcajada seca que terminó en una tos metálica. Miró hacia la puerta trasera por donde se había ido la mujer. Esperó que fuera lo suficientemente lista para tirar la llave en una alcantarilla y no mirar atrás. Al menos alguien se llevaría algo de esa noche, aunque solo fuera una segunda oportunidad comprada con el cadáver de un contable y la sangre de un sicario. Apoyó la cabeza en la barra, justo al lado del maletín vacío. Cerró los ojos y, por primera vez en años, el ruido de la ciudad dejó de molestarle. Afuera, la lluvia seguía lavando las aceras, intentando limpiar una suciedad que, como bien sabía, nunca se iría del todo.

Tengo la sospecha, casi certeza, de que mi marido es un extraterrestre.

Desgraciadamente sufro de repetidos episodios de insomnio sedicioso alternado con estados de semiinconsciencia próxima al estupor y desesperación por descansar de una vez. Episodios que son causantes de cierto desasosiego, una profunda molestia y un enojoso mal humor que han de sufrir los seres inocentes que conviven conmigo.

A pesar de todo, ese trastorno del sueño nocivo para muchos, en mi caso ha sido definitivo para realizar importantes hallazgos. Seguramente en ese estado de duermevela prealucinógeno, el cerebro libera el subconsciente permitiendo que detalles insignificantes... o significantes, se ensamblen dando un sentido a lo poco comprensible o totalmente inexplicable, para conducirme finalmente a la revelación.

Hoy he tenido un episodio de esos y aunque sobrevivo gracias a unas buenas dosis de cafeína, creo que, gracias a ese estimulante, también disfruto de un estado de elevación cognitiva y emocional que me conduce a una visión holística de la realidad y que puedo complementar con la revelación alcanzada la noche anterior. Soy como una Santa Teresa moderna.

Es ese estado de claridad mental he descubierto que mi marido es un extraterrestre y vengo yo barruntándome que no es el único alien infiltrado en nuestros hogares.

Desde hace algún tiempo voy observando que vive seducido por las pantallas en sus distintas modalidades: televisión, smartphone, portátil e incluso computador de mesa. Su despacho parece el centro aeroespacial de la NASA con todos esos dispositivos encendidos a la vez. Y todo el día. Ese comportamiento me dio la primera pista.

Y la verdad, es que, aunque me da un poco de miedo esa conexión febril y desproporcionada, intuyo que estará recibiendo instrucciones para su misión como infiltrado, o proporcionando el pertinente informe sobre nuestra exótica existencia.

Por la noche, aun es peor. Se acuesta con los auriculares puestos y conectados a algún dispositivo de esos varios que usa, y pasa horas desgranando los secretos de tic-toc.

Sospecho que son mensajes encriptados en videos absurdos. Y aunque no quiero molestarle en situaciones de especial concentración, ayer mismo, y en un inevitable momento de ofuscación, le dije una frase que curiosamente produce un efecto huida en estos aliens. Con solo pronunciar tres palabras: "Tenemos que hablar..." salió disparado de la cama con la excusa de ir al baño y no volvió hasta pasada una hora. Aun así, se llevó el smartphone y los auriculares. Quizá esa frase es tan irritante para ellos como el agua para los gremlims. Debo evitarla por si acaso se vuelve malísimo.

Otro detalle extraño en su comportamiento es el asunto de la colaboración doméstica.

Cuando le conocí, me engatusaba con delicias como pollo a la cerveza, peras al vino, o chorizo a la sidra. Y se atrevía con el tinto de verano. Pues ahora nada. Rien de rien.

Después de mucho sopesar cuales serían las razones del abandono de tan primorosas prácticas y gracias a mis revelaciones nocturnas y diurnas, lo he visto claro: no está recibiendo correctamente las actualizaciones pertinentes en su software. Se ha debido

quedar en la versión 1.0. No percibe los cambios sociales sobrevenidos o las reivindicaciones feministas. Quizá su sistema ya no soporta las actualizaciones nuevas. O es que viene programado para no admitir actualizaciones.

Lástima porque las actualizaciones permiten identificar cambios, corregir errores, añadir funciones o restaurar estados. Ya me gustaría que añadiera la función de preparar unas albóndigas, o una porrusalda, igual que hace la Thermomix. Pero nada.

Y otro elemento revelador de que es un extraterrestre y que hay muchos más infiltrados por todas partes, es la aterradora afición por el fútbol u otros deportes que incluyan una pelota en su desarrollo.

Este aspecto lo interpreto como una devoción especial (en seres tan avanzados), por un elemento perfecto como es la pelota... que casualmente es esférica. Y la esfera es una forma geoméricamente perfecta de simetría total y eficiencia sin par. Sin desdeñar, que tiene semejanza con los agujeros negros. Que también atrapan lo suyo.

A través de esa bola les deben llegar las poderosas fuerzas emanadas de los trasfondos siderales Ganimedeanos, dejando su ser en un estado de éxtasis y abducción bastante inquietante. Me he disfrazado de pulpo, criatura próxima al alien por su inteligencia compleja y su ancestro lejano, y ni se ha dado cuenta. Y eso que el disfraz se las traía. Estoy preocupada por sí no vuelve en sí. Bueno y porque la cena se está quedando fría.

Quiero mucho a mi alienígena. Y le cuido con esmero.

Es más delicado que yo. Mientras que yo paso una gripe haciendo lo mismo que sin gripe y la fiebre lo mismo que sin fiebre, un alienígena de raza pasa una semana en la cama debatiéndose entre dolores, febrícula, sopor, lamentos, sopas calientes, dieta blanda y desesperación. Aun no se han adaptado bien a estas condiciones los pobres.

Debo reconocer, que una no alienígena como es mi caso, también se debate entre la sopa caliente y la desesperación, o entre la desesperación y la sopa caliente. Gozamos de algunas coincidencias.

Le he confesado a mi marido mis temores sobre su posible origen extraterrestre, y se ha vuelto a marchar al baño con su smartphone y sus auriculares. También ha estado una hora, como en otras ocasiones. No son cosas que soporte un verdadero alienígena. No quieren ser descubiertos y el baño, es un sitio seguro.

Y al salir, me ha dicho: *Micky* (porque me llama Micky), *tu sí que eres una alienígena. La más preciosa de Ganímedes*. La verdad es que es un sol.

Igual tiene razón, y soy yo la extraterrestre. Y encima preciosa. O igual lo somos los dos. Y encima preciosos. ¿Pero...y porqué conoce Ganímedes? Eso me escama.

No sé qué pensar. ¿Me dejo puesto el traje de pulpo? ¿O me lo quito ya?

### Ahora que cae la niebla

Ahora que cae la niebla y la memoria empieza a dormirse, ahora que los recuerdos se deshilachan cual tejido desgastado, roído por el inexorable paso del tiempo, ahora que procuro retener entre las manos temblorosas el agua de mi vida, derramada otrora sin precaución, sin un recipiente capaz de recoger acaso un legado que nunca quise dejar, ahora, en fin, ahora, ... a veces vuelo y me transporto a otra época y no estoy aquí, pero tampoco estoy allí. A medias de todo, en ningún momento ni lugar, siempre fuera de sitio.

Ahora tengo ochenta años, ahora tengo diez. Ahora estoy sentado en mi sofá, ausente de mí mismo, fatigado por el breve paseo matinal de diez minutos alrededor de mi casa, ahora estoy en la calle, el sol del Sur abrasa mi piel infantil, mientras un fuego interior me grita que salte, que corra. Ahora estoy con los amigos de entonces, Roque, Juanito el de la Dorotea, Luisillo el del lejío y otros haraganes de la calle de abajo. A las afueras, donde los caminos se juntan, cerca del pilar, hay un gran eucalipto con una rama baja que pasa aérea a dos metros sobre el cauce del arroyo. Los chavales mayores saltan a la rama desde una orilla y desde la rama toman impulso para alcanzar la orilla contraria.

Sentado en mi sofá quiero saltar a la rama y sujetarme fuerte. Esta vez no me caeré. Esta vez no me romperé el codo y mi bendita madre no me dará unos azotes por llegar a casa sucio, herido y avergonzado.

Es difícil diferenciar cuando uno se queda dormido y sueña, de cuando estando despierto y bucea entre las imágenes que custodia el alma. Es cierto que a menudo me despierto cuando creía no haberme dormido y también sucede que estando en el reino de Morfeo revivo con nitidez recuerdos de vivencias realmente acaecidas. Claridad que se oscurece al despertar y por más que lo intento no consigo sostener.

Así las cosas, ahí estaba yo, escayolado el brazo entero por un médico de pago, que había agravado la ya de por sí grave ruina en la que malvivíamos desde la enfermedad de mi padre. A mi santa madre se le habían secado las fuentes de tanto llorar y en su lugar había quedado una mueca sutil de tristeza, casi inexpresiva. Siendo yo el mayor de sus tres criaturas estaba llamado a ser el timón de la familia a poco que pudiera ganar un jornal. Sin embargo, mi aventura en el arroyo me había procurado un codo roto en tres partes y el diagnóstico de quedar lisiado para siempre. Y lo peor de todo, los ojos de mi madre. Esa mirada amorosa pero increpante, tierna a la vez que desesperada, muda por no gritar. Ojalá hubiera sabido disculparme. Ojalá alguna vez en mi vida hubiera podido disculparme de tantas cosas. Ojalá. No siempre es malo el olvido. En ocasiones es el único antídoto contra el terrible y destructivo sentimiento de culpa. Cuando quise darme cuenta se me había hecho tarde para pedir perdón, así que a veces prefiero olvidar.

La calle me recibió como un héroe. La escayola no era sino una corona de laurel por un tremendo salto. Sí, efectivamente había conseguido la proeza. Lástima que caí de bruces sobre un pedrusco, de otro modo mi victoria habría sido total.

En todo caso, mi valentía quedó fuera de toda duda y sin que yo lo quisiera, porque me daba mucha vergüenza, los zagales empezaron a llamarme "el huevos". Este desafortunado apelativo no vino sino a empeorar la situación, ya que cada estúpida ocurrencia de cualquiera era seguida del ineludible desafío; "a que no tienes huevos". Aún hoy sucumbo ante esta invocación y me descubro a mí mismo sonriendo en mi sofá, mientras una lágrima rueda por la mejilla, mientras espero un nuevo desafío, que no ha de llegar.

Estoy tan cansado. El amor de mi vida me tapa las piernas con una mantita. Que haría yo sin ella. Sin duda me iría y no volvería. Solo ella me sujeta cuando me susurra "quédate conmigo un poco más" y yo intento con mis escasas fuerzas quedarme, pero, estoy tan cansado.

He vuelto a dormirme plácidamente bajo la mantita, en mi sofá del salón. Fuera brilla el sol y al despertarme no he podido evitar salir corriendo de casa, brincando y pegándole patadas a las piedrecillas. He ido al mercado porque es sábado y los sábados a esta temprana hora montan los chiringuitos en los que, en un rato se venderán los frescos y todo tipo de viandas

y cacharros. Primero colocan las estructuras de metal y una vez instalado el esqueleto de este centro comercial itinerante, cada vendedor termina de organizar su quiosco. Pero antes de que los puestos empiecen a abigarrarse, durante unos minutillos toda la plaza del mercado queda rodeada de estas estructuras desnudas.

Al grito de "a que no hay huevos de dar la vuelta a la plaza colgados de los hierros" toda la pandilla se encarama y empieza una singular carrera cual monos enloquecidos y gritones. Los más no llegan ni a acabar el primer lateral del cuadrado, pero Roque va bien y está acabando el tercero. Me hierve la sangre y necesito colgarme. Si no fuera por el yeso que me impide estirar el brazo yo lo conseguiría, seguro.

Roque se lanza ya desde la última viga del tercer lado, al inicio del lado que cierra la plaza. Lo va a conseguir el muy perro. No puedo más. Me acerco a la esquina del Ayuntamiento, cierro los ojos, aprieto los dientes, contengo la respiración y golpeo furioso la piedra de la que está hecho con la mano abierta. El yeso solo se ha rajado por la parte interior del codo. No me ha dolido. Golpeo otra vez, más fuerte. No es suficiente. Apoyo la palma de la mano en la fría piedra marrón y hecho el cuerpo hacia delante hasta que por fin el yeso cede completamente. Soy libre y no siento ningún dolor. El corazón palpitante exige riesgo. Corro y, ante el estupor de mis camaradas, me encaramo en el primero de los hierros con una decisión tal que ninguno se atreve a hacer el mínimo comentario. Empiezo a saltar a toda velocidad. Hay momentos en los que ninguna de mis manos está sujeta en el andamiaje. Casi puedo volar. Alcanzo la primera esquina, ahora la segunda, estoy ya en la tercera y Roque se ha caído cuando le faltaban diez metros. Puedo volar, podría llegar hasta el final de un solo impulso, pero sigo a ritmo y en pocos segundos llego al final. Soy el rey. Soy el rey. Soy el rey.

Una voz me está llamando desde muy lejos. Casi no la oigo. Ah sí, es mi mujer.

-No estaba dormido, la digo. Solo tenía los ojos cerrados.

-Venga, levántate que vamos a comer, me dice.

Como algo, para que no se enfade. Hace mucho tiempo que no siento hambre. Que vida esta, ahora que tenemos de todo no quiero nada y cuando no tenía nada creía que si no lo conseguía todo no podría ser feliz. He sido un tonto toda la vida, siempre queriendo ser el primero en dar la vuelta a la plaza, sin darme cuenta que, en el mejor de los casos, acabaría donde había empezado.

Mi madre, más resignada que desesperada, me llevó otra vez al médico. Lo primero que recibí fue un tremendo capón de manos del facultativo, aunque fue peor la reprimenda que me echó. Prefiero un palo al sentimiento de vergüenza, que le vamos a hacer, soy así.

Después de realizar las pruebas, el doctor expresó su incredulidad en términos poco científicos, aunque propios de la época:

- Es un milagro señora. Al colgarse el zagal y romperse la escayola, los fragmentos del codo se han colocado. Está curado. Ya puede irse.

Y volvimos a casa. Donde mi padre, agonizante de silicosis, me guiñó un ojo y me regaló una sonrisa tan sincera y amable como era él. Siempre le eché de menos. Nunca lo dije.

Mi madre me recordó que, como ya que estaba curado, podía volver a ir a vender limonada con las cántaras y recoger el carbón que se caía de las vagonetas que salían de las minas para calentar el hogar. Mi vida recuperó su áspera dureza, salpicada de no pocas fechorías juveniles. La felicidad siempre me fue esquiva, siempre iba unos hierros por delante, en la plaza de la vida.

Cuando dejé de perseguirla, cansado de tanta aventura sin final feliz, comprendí que no la necesitaba. Había encontrado algo mejor, había encontrado paz.

Ahora estoy sentado en mi sofá. No sé si estoy despierto o dormido, si sueño o estoy recordando, pero sí sé que estoy en paz y que estaré en paz hasta el final.